

## Una revolución aplazada en la cama y en los fogones<sup>1</sup>

QUIM ARANDA

La cocina y la gastronomía es a Pepe Carvalho lo que la jeringa o el violín es a Sherlock Holmes. Un rasgo innato de la personalidad. Carvalho no es ni gallego ni catalán, ni siquiera –aunque me duela– barcelonés. El único patriotismo del que hace gala el detective es el gastronómico. Su cocina es la del gusto de su memoria, la de los platos de casa, lo que se mama de pequeño, aunque nunca desprecia nuevas experiencias: hay que diferenciar, sin embargo, entre los platos que Carvalho come y los que elabora.

La cocina, la manera de acercarse a los fogones, es una decisión política y una medida moral, tanto del autor como de sus personajes. También, y resulta fundamental en la serie del detective creado por Manuel Vázquez Montalbán, la supuesta interrupción del relato con recetas o digresiones sobre el arte de la comida es un equivalente a los números de baile y canciones de los musicales que aportan elementos imprescindibles para hacer avanzar la trama y para definir los actores principales.

Por ejemplo, uno de los interrogados por Carvalho en *Los mares del Sur* (premio Planeta 1979), el marqués de Munt, es un hombre que descubre el placer de comer a los 30 años. “Es la edad en que el ser humano deja de ser un imbécil y en cambio paga el precio de empezar a envejecer”. Y merienda morteruelo, un paté de Cuenca, con Chablis. Munt le dice a Carvalho: “Apreciará usted conmigo que beber el vino blanco en copas verdes es una hortería incalificable. Yo no soy partidario de la pena de muerte salvo en casos de náusea, y esa costumbre de la copa verde es un caso de náusea. ¿Cómo se le puede negar al vino el derecho a ser visto? La costumbre de la copa la inició algún maître francés cursi y de ahí fue bajando hasta llegar a las vitrinas a plazos y a las cristalerías de las listas de boda de la burguesía de medio pelo”.

El carácter del marqués ha quedado bien definido. Y el autor, siempre dispuesto a meter baza, no se ahorra el comentario cultural.

---

<sup>1</sup> Traducción del autor. Artículo en catalán aparecido originalmente en *Ara*, 21 abril 2021

### **Las claves de la apuesta por los fogones**

En el prólogo al libro *Las recetas de Carvalho*, Montalbán apunta algunas de las claves de la apuesta por los fogones: “Comer significa matar y engullir a un ser que ha estado vivo, sea animal o planta. Si devoramos directamente al animal muerto o a la lechuga arrancada, se dice que somos unos salvajes. Ahora bien, si marinamos la bestia para cocinarla posteriormente con la ayuda de hierbas aromáticas de Provenza y un vaso de vino rancio, entonces hemos realizado una exquisita operación cultural, igualmente fundamentada en la brutalidad y la muerte. Cocinar es una metáfora de la cultura y de su contenido hipócrita, y en la serie Carvalho forma parte del tríptico de reflexiones sobre el papel de la cultura. Las otras dos serían esa quema de libros a la que Carvalho es tan aficionado y la misma concepción de la novela como vehículo de conocimiento de la realidad...”

Y Carvalho añade: “El gastronómico es el único saber inocente, la única forma de cultura que merece la pena respetar”. Porque también es una cuestión de memoria. La cocina como acumulación de saber.

En la última frase citada del detective, la provocación es bandera. En 1984, en una entrevista aparecida en la revista *Les Cahiers de la Pensée Sauvage* –recogida por este mismo cronista en el epílogo de la edición conmemorativa de *El Balneario*, publicada con motivo de los 25 años de Carvalho–, el escritor le decía a uno de sus traductores al francés y gran especialista en su obra, el profesor de la Universidad de Grenoble Georges Tyras: “La reivindicación de la gastronomía, la reivindicación de la sexualidad son elementos lúdicos de provocación. Consiste en decir: «Por tanto, señores, dense cuenta de que estas cosas aquí no hacen daño a nadie, que no hay una relación causa-efecto entre hacer o no la revolución y beberse un vino malo o uno bueno»”. Y quien dice beber vino, dice follar, claro.

Carvalho, serie que toma el vuelo en 1974 (*Tatuaje*), aunque antes, en 1972, el personaje ya aparece en el volumen de escritura subnormal *Yo maté a Kennedy*, es precursor de lo que vendría después –el gusto por la buena mesa, desde Brunetti hasta Montalbano– en un contexto –el español– en que la izquierda aún mantiene una ortodoxia de lucha en las catacumbas, con un sacrificio de religiosidad laica que valora, sobre todo, la fuerza con que se da golpes en el pecho más que la efectividad de la lucha.

Montalbán rompe con todo esto. Y la disponibilidad de Carvalho ante los fogones sólo hace adelantar lo que estallará en los años 90 y 2000, la asociación definitiva entre gastronomía y clase media, la cocina considerada no sólo como memoria y capital cultural sino también –para los nuevos ricos ignorantes– como símbolo de estatus. Las derivaciones evidentes serían las tiendas gourmet y delicatessen, en una época en que más que ligar perros con longanizas se ataban con jamones de Jabugo, sin siquiera saber dónde estaba Jabugo, “jamón para las depresiones”, como apunta en alguna ocasión Carvalho.

### **Una escena clave**

Si hay una escena clave de toda la serie que resuma estos elementos multidisciplinarios es la de la cena en casa del profesor de literatura de la Universidad Autónoma Sergio Beser (personaje real, Morella, 1934 - Bellaterra, 2010), con Carvalho y su vecino, el gestor Enric Fuster, también vecino de Montalbán, y también de carne y hueso, que es un interlocutor mayéutico del detective. Si la poesía atraviesa toda la obra del escritor y es la síntesis esencial, estas divertidísimas e hilarantes páginas de *Los mares del Sur* (91-105 de la edición conmemorativa de los 25 años, 1997) son el compendio de todo Carvalho; el detective en absoluta plena forma. Inquisidor de libros, gastrónomo, borracho, gamberro, con amigos gamberros y extremadamente cultos, que se burlan de la cultura, por el afán de desacralización que quiere imprimir Montalbán en las novelas. Una escena llena de citas y referencias literarias: Pavese, Eliot, Lorca, Alberti.

Durante otra cena de la novela *Tatuaje* (1974) en el desaparecido restaurante Quo Vadis –en el número 7 de la calle del Carmen de Barcelona–, Carvalho le dice a Teresa Marsé: “El sexo y la gastronomía son las cosas más importantes que hay.” La mujer, de clase alta, representante de la burguesía de los barrios de Sarrià y Pedralbes, es casi, en términos actuales, una especie de *spin-off* sin protagonismo de Teresa Serrat de *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé.

Imperdonable, cree Pepe Carvalho, que la burguesía, que tiene dinero y capacidad de tener cultura, no disfrute de los verdaderos placeres de la vida: el de la carne y el de la carne, dicho esto en época prevegetariana. Unos placeres sensoriales que el franquismo, los beatos y cierto izquierdismo de inclinación estalinista se empeñaban en prohibir, desconfiar y

reprimir. Es esta la verdadera y única revolución que proclama Carvalho, que mientras parece que sólo investiga crímenes de la nada en una España más que cutre, hace un llamamiento por la vida cacareando recetas de cocina y practicando y reivindicando un sexo liberador y, de rebote, invocando una nueva masculinidad del macho ibérico. Porque, a pesar de todo, tras la apariencia de hombre duro del detective hay un feminista en potencia y consciente, aunque a veces, o muy a menudo, sus actos no acompañen esta peculiar visión del personaje.

Esta revolución de los fogones y las camas ya la proclama en la primera novela convencional de las aventuras de Carvalho, la mencionada *Tatuaje*. No en vano, la inscripción a que se refiere el título, además de a la famosa canción de Concha Piquer, escrita por León, Valerio y Quiroga, dice: “He nacido para revolucionar el infierno”.

El problema, y Montalbán, heredero y víctima de todas las revoluciones aplazadas, ya debía intuir la dificultad de la praxis, es que esta leyenda es el tatuaje que lleva en el cuerpo la víctima con la que comienza toda investigación criminal. Difícil, pues, revolucionar el infierno de la dictadura franquista. La renuncia definitiva pasa por la asunción de la cocina como único territorio libre del hombre o la mujer libres. Porque la cama, a diferencia del arte de los fogones, es siempre o en el 99% de los casos cosa de dos, a pesar de alguna ingeniosa frase de Woody Allen.